



Contra la muerte

Mi padre murió a los 85 años en el año 2001. Si ocho décadas antes los doctores Frederick Banting y Charles Best no hubiesen descubierto la insulina, difícilmente hubiera pasado de los setenta. Hasta los 68 gozó de excelente salud (nadaba día por medio, en invierno y verano), pero a esa edad le llegó la **diabetes**. Dos años después tuvo que empezar a inyectarse. El resto de su vida no la pasó mal, pero me pregunto cuánto tiempo más hubiera vivido y cómo hubiese sido esa vida en caso de haberse desarrollado, en el tiempo de su existencia, los trasplantes de células madre en los que trabajan (cuando les dejan) el doctor Bernat Soria y otros sabios. Me pregunto, también, que hubiera ocurrido si algún místico estafalario, con mucho poder, hubiese bloqueado en 1921 las investigaciones de Banting y Best por considerarlas pecaminosas o por cualquier otra vesánica ocurrencia.

Con referencia a mi padre, habrá quienes argumenten que 85 años es una cifra que no está mal, pero algunos creemos que ningún año y ningún día que se agreguen a la vida están de sobra. Tampoco está nada mal morir a los noventa, o a los cien, o cuanto más tarde mejor. No pretendo ser objetivo: lo digo desde la nostalgia y el dolor que provoca una ausencia que se ha instalado para siempre. Muchos me entenderán.

La Federación de Diabéticos Españoles (FEDE) declaró el pasado lunes que ha recogido un millón y medio de firmas en una campaña destinada a impulsar la investigación con células madre procedentes de embriones, que podrían curar la **diabetes** y otras enfermedades degenerativas. Lo leí en este diario, y en este diario, también, en el suplemento Salud del sábado 8 de febrero, leí que Bernat Soria se ve obligado a desarrollar sus investigaciones en el exilio de Singapur.



Tal vez para mi padre la cura jamás habría llegado a tiempo, pero una pareja de amigos tiene una hija de diez años, encantadora, que debe inyectarse insulina cada día. Yo deseo para esta niña una vida larga y feliz, de ser posible sin dependencia de la insulina inyectable. Le deseo que supere largamente la edad de mi padre, y, si es de su gusto, que tenga hijos, los bautice y les haga hacer la comunión en caso de que sus creencias vayan por ese lado, aun cuando esa Iglesia actualmente bloquee las expectativas de larga vida de la futura madre.

Lo que no alcanzo a entender es la pasividad de los miles de ciudadanos a los que se les niegan las posibilidades de vida que ofrece la ciencia para ellos o para sus seres queridos. ¿Cómo es que no hay manifestaciones multitudinarias contra el bando de la muerte? Las recogidas de firmas están bien, pero no es suficiente: hay que llenar las calles, al igual que cuando se intenta impedir el bombardeo de poblaciones indefensas.

Miro en el diario la foto de Bernat Soria. Contemplo el rostro bondadoso e inteligente de este hombre, que igual puedo imaginármelo comiendo paella con sus amigos en Alicante o manipulando probetas en Singapur. Me resulta difícil concebir que una secta cavernaria se interponga en su trabajo, como en los tiempos de Galileo y Giordano Bruno.

Pero la Iglesia siempre sostuvo que está a favor de la vida. Eso afirma, aun cuando se oponga al uso de los preservativos, que en muchos casos pueden evitar el SIDA. Para la jerarquía eclesiástica el embrión es un ser vivo. Pues bien, con preservativos no habrá SIDA ni embriones. En los últimos años, el Papa pidió perdón por ciertos «pecadillos» de la Iglesia, como la quema de Giordano Bruno o la persecución a Galileo, que siguiendo las enseñanzas de Copérnico osó sacar a la Tierra del centro del Universo para mandarla girar en torno al Sol. ¿Qué Papa pedirá perdón dentro de uno o dos siglos por las muertes que podrían evitarse y la Iglesia impide que así sea?



Porque es casi un hecho que las células extraídas de los embriones congelados, sobrantes de los tratamientos de fertilización asistida, al convertirse en tejido pancreático, podrían salvar, entre otras, miles de vidas de niños y jóvenes afectados por la **diabetes** de tipo I. Quienes se oponen a la investigación con embriones insisten en que son seres humanos. Al respecto, el doctor Soria sostiene que «el bien de los pacientes debe prevalecer sobre los supuestos derechos de un embrión, que no es un ser humano, ni siquiera en potencia, mientras no se implante en una mujer».

La Iglesia sigue afirmando que está por la vida. Esperemos que no quiera decir la vida de ultratumba.

www.covadlo.com